



# EL HERALDO DEL ISTMO

REVISTA ILUSTRADA

"BIEN FAIRE ET LAISSER DIRE"

DIRECTOR:

GUILLERMO ANDREVE.



31 de Mayo de 1905

Proprietarios: CHEVALIER, ANDREVE & Cia.

# EL HERALDO DEL ISTMO

—REVISTA ILUSTRADA—

Director: GUILLERMO ANDREVE.

“Bien faire et laisser dire.”

## Junto al Arroyo

A AURELIO MAXIMO

Del libro *Cuentos para tí.*



A la mitad del día, en la hora sofocante del resistero, mientras el Sol en el zenít lanzaba ardientes rayos rojos sobre la tierra, yo, junto al riachuelo pintoresco que sombrean los cedros centenarios y las acacias en flor, descansaba tranquilo á la orilla contemplando una rosa blanca—de una blancura ideal—que se balanceaba retratándose en el espejo movedizo de las aguas.

De pronto, cerca á la rosa y como obedeciendo á la voz enérgica de un poderoso Mago invisible, surgió del fondo del riachuelo una Hada de cabellera rubia como el sol, quien al mirarme, con voz melodiosa y sonora, me dijo:

—¿Te gustan las rosas blancas?

—Sí, las adoro, le contesté; pero noto en esta un algo que no me satisface. En su colorido: su grata palidez marfilina, falta un detalle para su absoluta perfección; hay en ella un defecto que no puede precisar por ahora mi mente de observador y entre sus pétalos parece que se ha alojado la Tristeza, la eterna tristeza de los que deben morir pronto.

Si tú sabes algo al respecto, dímelo; yo te lo suplico.

Y el Hada al oirme sonrió y mientras las aguas del arroyo murmuraban su eterna “canción de adios,” ella hablóme así:

“—Entre las flores todas, las rosas blancas eran las más perfectas y más bellas de la tierra, pero Dios—y de esto no hacen muchos años—tomó de estas su blancura inmaculada, esa blancura pálida, simbólica y admirable, y diciendo: “sea esta la mujer más perfecta de la tierra,” tiñó la frente y la faz encantadora de la novia del poeta.

Desde entonces, ¡oh mi amigo!, las rosas blancas llenáronse de envidia y languidecen de tristeza; y la Mujer Hermosa ostenta en su rostro—divino por lo bello—una palidez simbólica y cautivadora y la Pureza ha rodeado su frente de un nimbo aurisolar.”

Dicho esto el Hada desapareció.

Cerré los ojos y me quedé sumido en profunda meditación y en tanto, las aguas cristalinas del arroyo, en su eterno viajar, seguían cantando su melancólica “canción de adios” .....

Romeo.

# Edwin Lefèvre



**N**O muchos panameños han conseguido en el exterior darle á su nombre el brillo y á su personalidad intelectual la posición distinguida que EDWIN LEFÈVRE ha logrado obtener en los Estados Unidos de América.

Allí en la tierra de la fuerza muscular y de las máquinas, en donde ya principia á dársele importancia á las obras de arte literario, LEFÈVRE se ha hecho campo y como cuentista ha llegado á ser de los mejores, logrando vender el derecho de publicidad de uno de sus últimos artículos: "La lluvia de oro," por la no despreciable suma de mil dollars, siendo todos estos triunfos, legítimo fruto de sus grandes dotes.

He aquí algunos datos biográficos del distinguido escritor istmeño cuyo retrato como voz de aplauso publica hoy EL HERALDO DEL ISTMO.

Nacido en Colón en 1870 hizo sus primeros estudios en la Escuela de San Felipe que regentan en esta ciudad las Hermanas de la Caridad, pasando de allí á la aristocrática Academia Militar de Michigan en donde aprendió el idioma inglés y obtuvo, por su talento y aprovechamiento, la distinción de ser presentado al en ese entonces Presidente de los Estados Unidos, Mr. Garfield, quien agradablemente impresionado tuvo para LEFÈVRE frases de aliento y de felicitación.

De allí pasó EDWIN á Pensilvania y en la Universidad de ese Estado, mientras hacia estudios de Ingeniería redactó el "Lehigh Burr," órgano de ese centro, mas faltándole solo dos años para coronar su carrera, resolvió, de improviso, lleno de fe en sí mismo, abandonarla para dedicarse de lleno al cultivo de la gaya ciencia.

Su nombre comenzó entonces á sonar ruidosamente por sus trabajos intelectuales en el "Engineering Mining Journal," de New-York, periódico este el más importante de su clase y de ese puesto pasó al "Commercial Advertiser," decano de la prensa newyorkina, en donde se hizo cargo de la sección de finanzas de dicha publicación, lugar en el que ha continuado hasta la fecha adquiriendo allí—bajo la influencia noble del constante estudio—gran conocimiento de los hombres que dirigen las finanzas del país en que vive.

Las mejores publicaciones de los Estados Unidos se disputan hoy día—pagándola á precios altísimos—la colaboración de LEFÈVRE y por ello no es de extrañar el que rechace—como

ha rechazado—puestos muy distinguidos en el periodismo yankee, ofrecidos á cada paso.

Para juzgar con sobra de razón el valer del ilustrado paisano y compañero de armas, basta tener en cuenta que las ediciones de sus libros se venden allí en los Estados Unidos antes de que vean la luz pública, como sucedió al anunciarse la publicación de un segundo tomo de *Wall Street Stories*; que sus editores son los de más renombre allí en la tierra del practicalismo y que hoy día goza, por solo dos horas semanales de trabajo en una revista de finanzas, de un sueldo mayor que el del Presidente de esta República.

Me dicen que EDWIN LEFÈVRE posee un trato atractivo y agradable, que su elevada posición pecuniaria é intelectual no ha logrado marearlo allí en la tierra de los millones; yo nada de esto sé, porque nunca—apesar de los estrechos lazos de amistad sincera que me ligan á sus hermanos—he tenido el placer de tratarlo; lo que sí sé de fijo es que indudablemente él posee un gran talento y que ha sabido vencer por sus propios méritos.

Para el compañero de ideas, pues, nuestro aplauso sincero.

ALEJANDRO DUTARY.



EDWIN LEFÈVRE, DISTINGUIDO ESCRITOR ISTMEÑO

## Las Raras

Allá van misteriosas, eternas,  
allá van como rosas de fuego  
que salpican la cauda esplendente  
de divino sagrado misterio,  
del misterio que ardiente las crea  
con la luz de los últimos cielos.

Ellas son orillamas que llevan  
las divisas de amor y del triunfo,  
que á los golpes del mal y del crimen  
son divinos y férreos escudos,  
son antorchas que alumbran las noches  
de los blancos infectos sepulcros.

Viven castas del fuego sagrado  
que se extrae del dolor y las lágrimas,  
rumorosas, si sienten el gozo,  
gemidoras, si penas las mata,  
con un algo que dice: no muero!  
con un suero que dice: mañana!

Bajo símbolo noble de armiño  
que declara la estirpe selecta  
de su raza inmortal, se las mira,  
se las ve formidables en brega  
en los antros del vicio triunfante,  
del delito en las hórridas cuevas.

Cómo cantan sus bocas tristes!  
cómo lloran sus pálidas dichas!  
; cómo llenan de vida las rosas  
que las bestias pusieron marchitas!  
el martirio es salterio en sus manos,  
ígneo verbo, corona de espinas.

Van en marcha, en falange nocturna  
impelidas por llantos, por himnos  
que se encarnan en místicas formas  
que recuerdan palabras del Cristo,  
las palabras de amor y esperanza,  
de combate, piedad y de olvido.

Marchan solas! no temen el trágico  
fin siniestro de muerte sangrienta,  
que en la cruz es la vida del cielo,  
nimbo eterno de gloria en la hoguera;  
y ellas son las que siembran el grano  
de virtud y constancia y paciencia.

A su voz las tormentas se alejan,  
á sus piés los zarzales no hieren,  
el erial lo matizan de rosas  
y derriten con fuego la nieve,  
á la nieve del tedio derriten  
con el fuego de amor que no muere.

Ah! las almas que en ansias de cielo  
por la ciencia cansaron los años,  
combatiendo en el mar de ignorancia  
los vestiglos, los gnomos y trasgos,  
la visión enfermiza del odio,  
y la anémica voz del pasado.

Ellas son las viriles que tienen  
el poder de la luz: la palabra,  
las que encarnan los siglos, los pueblos,  
las que dan su memoria al mañana;  
y á la sombra del Dios galileo,  
son las únicas, puras y raras.

SIMÓN RIVAS.





Bellezas de Coclé. - Señorita FILOMENA CARLES, de Penonomé.

### Acróstico

En el album de la señorita Filomena Carles

Flotantes cual las sombras nocturnales,  
Imitan tus cabellos la negrura  
Luciente de tus ojos do fulgura  
Oculto sol sus rayos tropicales.

Más dulce que la miel de los panales,  
En tu boca de fresa, virgen pura,  
Nítidas brillan con sin par blancura  
Albas filas de perlas orientales.

Cuán grato vibra tu armonioso acento  
Al dar sus notas de cristal al viento  
Disuño y juguétón, que en la ribera

Timpia y azul del Saratí se goza  
En besar tu estatuaria, voluptuosa  
Semejanza de Vénus hechicera.

OCTAVIO VALDES Y ARCE.

Panamá de 1905.

## LA CALUMNIA

A José Luis Cantilo.



RUUDO invierno: un glacial cierzo que corta las carnes como acerada hoja barbera; la nieve cae con inusitada fuerza y desde el pico del Karakorum hasta el valle que rodea á la meseta Kory-Kory es todo una sábana inmensa de blanquísima nieve y de varios pies de espesor; la ventisca ruge con infernal estruendo, arrasa cuanto á su paso se opone y anega de nieve el valle que circunda á la meseta en que tiene asiento el palacio Ottom....

Atokka, que ha poco terminó sus prácticas religiosas de mediodía, está rodeado por su familia en el gran salón y al amor de una inmensa hoguera refiere á sus hijos algunas de sus sencillísimas aventuras hindúes. Su relato es interrumpido por un noble khatrya, especie de capitán-jefe de la guarnición y de la servidumbre, quien le dice:

—¡Divino Atokka!.... Un miserable, un hombre que Manú ha marcado con el sello de vis, ha osado pedir hospitalidad por hoy; según él, va de camino, la nieve le intercepta el paso y el frío le ha aterido....

—¡Por Varuna!.... ¿Quién es ese reptil que osa alzarse hasta mí?... ¿Es acaso un infame sudra?.....

—¡Perdóname! oh Atokka! que en tu presencia pronuncie su ignominioso nombre! Es aun peor que un sudra... es un tchandala!....

—¡Un hijo de un casya y una sudra...! Un ser mil veces más vil que el más vil sudra!.....

—¿Qué castigo quieres y ordenas imponerle por su osadía?... Además, cuando él preguntó quién moraba en este palacio y cuando un siervo le contestó, hizo una mueca de desprecio é indiferencia. ¿Qué mandas, hijo noble de Manú?.....

—Vé y ponle en libertad pero que se vaya onseguida, ahora mismo, y descalzo.... El frío y la nieve se encargarán de lo demás.....

El khatrya partió á hacer dar cumplimiento á las órdenes de Atokka y un instante después el llamado tchandala era arrojado á golpes de la señorial mansión.....

\* \*

La noche tendió su negro manto ligeramente recamado de constelaciones casi imperceptibles. La tormenta cejó en su rudo empuje y los únicos rastros del violento huracán traído por el Monzón, son algunas rachas intermitentes de helado viento, y alguna que otra pequeña avalancha de nieve que, por él impulsada, se precipita en el cercano valle y en su movimiento de oscilatorio vaivén va á estrellarse contra la meseta de Kory-Kory....

Por la falda del monte Karakorum, efectúa su ascensión un hombre. Apesar del frío intenso de la temperatura y de caminar descalzo y á la intemperie, no está aterido; á pesar de haber recorrido un larguísimo camino, no le agobia el cansancio; á pesar de que han transcurrido muchas horas sin probar alimento alguno, no desfallece.....

Es que en su mente se ha grabado con indelebles caracteres la idea "venganza.".... Es que el Genio del Mal se apoderó de él y le conduce, haciéndole caminar impasible por aquellos despeñaderos, por profundas quebradas y entre enormes masas blanquecinas, inmensas moles trituradoras, siguiendo un derrotero por donde nadie se ha atrevido aun á posar su planta.... Y aquel hombre que sereno, impasible y con seguro paso va ascendiendo y que pretende llegar á la cumbre helada del Karakorum, es el tchandala despreciable y arrojado de Ottom, que solo alienta odio y á quien un genio maléfico é invisible tiende su mano y concede su apoyo para que pueda abordar la cima.... Y el tchandala sube; sube cada vez más de prisa, y luego con una rapidez vertiginosa; antes de quedar exangüe, parece que cuanto más asciende, más ligereza tiende á tomar su cuerpo.... Parece un ser extraordinario dotado de impalpables alas poderosísimas.... Y sigue en su ascenso; la nieve no le hace resbalar y camina con pie tan rápido y seguro como si lo hiciera sobre una verde y llana campiña....

Comienza apenas á despuntar el alba, como inmensa antorcha que poco á poco se va inflamando más y más, y en la cúspide del Karakorum está el tchandala sentado en una mole de hielo, contemplando con sardónica sonrisa, allá, á sus pies, el inmenso, el insondable abismo que se abre á su mirada.... Allá lejos, muy lejos, en su parte más profunda, apenas se vé del ta-

maño de una nuez la meseta Kory-Kory y, sobre ella, como la punta de un alfiler el negruzco palacio Ottom; el tchandala contempla un momento ese cuadro y luego exclama con ronco acento é irónico tono: ¡Ah, soberbio Atokka....! Ah, hijo de Brahma, nacido de su boca! Mi odio puede más que tu orgullo; mi venganza es más potente que tu grandioso poder!.... Murute y sus huracanes y borrascas, son mis armas de venganza....! Tiembla, brahman Atokka, sonó tu fin.... tu vida llegará al ocaso junto con el sol de este día!....

Entonces toma en sus manos un puñado de nieve; la redondea, y forma una pequeña bola; y entretanto concluye su sencilla tarea, mirándola casi con cariño: Eres muy pequeña y parece inofensiva, pero muy luego habrás sembrado la muerte. Te bautizaré con el nombre de CALUMNIA!.... Corre, pues, CALUMNIA mía; rueda, arrástrate, enlódate, agrándate y cuando llegues á tu destino, sembrarás la desolación, el dolor, la duda, el martirio, la muerte!.... — dijo, y echola á rodar cuesta abajo, en dirección al palacio de Atokka.....

\* \*

Y aquel pedazo de nieve fué rodando, y siguió rodando; fué adhiriendo á sí lo que encontraba á su paso; cuando llegó á la mitad de la falda del Karakorum, ya era de gran tamaño; siguió rodando y siguió creciendo; siguió el curso que se le destinaba sin variar un ápice en su camino y aumentando á cada instante más y más, su fuerza, su velocidad y su volumen, bien pronto se convirtió en inmensa mole que todo lo arrasaba, todo lo destruía, todo lo arrastraba, hasta que al llegar á la meseta Kory-Kory cubrió el valle por completo y bajo su enorme peso aplastó y redujo á polvo al regio palacio Ottom, de Atokka, con todos sus moradores.....

Aquel puñado de nieve que el miserable echara á rodar con mano experta y dirección fija, había producido el fruto esperado por el vengativo tchandala.... Su calumnia le había vengado y nadie supo quién ó cuál fuera la causa del desastre de Atokka.....

LUÍS M. BLAZQUEZ.

La Plata (Rep. Argentina), 1905.

## Amelia Denis de Icaza

MUCHAS veces había oído hablar en mi niñez de AMELIA DENIS y mucho me había deleitado leyendo preciosos versos suyos. Mi deseo de conocer á la dulce poetisa, alondra del vergel panameño, como alguien la llamó, era grande. Pero estaba ella ausente ya en esa época; la Mala Suerte, compañera fiel de aquellos que con las Musas se tratan y deleitan, la había obligado á expatriarse, y moraba, como aun hoy, allá lejos, cabe los hermosos lagos centroamericanos, al pie del Momotombo, en la joven y vigorosa tierra de Nicaragua, cuna de Jerez y de Rubén Darío, de Santiago Argüello, de Mariano Barreto y de Enrique Guzmán.

Un día pude sinembargo realizar mi deseo. Una larga guerra civil me envolvió en su torbellino, y emprendí mi éxodo, con la escarcela pobre de dinero, mas llena de grandes esperanzas y de ricas ilusiones como la de todo peregrino del ideal.

En aquellos hermosos días—hermosos á pesar de los azares que guardaban—la juventud liberal colombiana, ahíta de lecturas propias para inflamar los corazones jóvenes que en Vargas Vila y Juan de Dios Uribe habían aprendido á odiar todas las formas de opresión y á ver un Francia en cada mandatario sin ley y un Melgarejo en cualquier soldadote de los que tanto abundan por mal de la raza latina en tierras de América, deseaba ardientemente probar su virilidad y su temple que juzgaba espartanos empuñando el fusil y corriendo á derramar en los campos de batalla junto con la sangre ajena su propia sangre.

Mas ay! que este entusiasmo juvenil, si bien noble y grande, arrebató á Colombia muchos hijos en quienes podía fincar grandes esperanzas, y aún á Panamá, ya constituida en nación, buena falta hacen Temístocles Díaz y Juan Antonio Mendoza, Manuel Patiño y Eliseo Esquivel, y tantos otros que á su engrandecimiento pudieran contribuir con sus energías y su inteligencia.

El torbellino me envolvió, decía, y me arrojó lejos desde el primer momento; mas fué por suerte á una tierra que para mí supo mostrarse hospitalaria. En ella encontré cariñosa acogida, alimento y abrigo para el cuerpo y para el espíritu, y allí conocí á AMELIA DENIS llegando á satisfacer de ese modo uno de mis más caros deseos.

Cuando nos hallamos en tierras lejanas con un compatriota, aunque nunca le hallamos conocido ni tratado, sentimos algo que nos mueve á acercarnos á él. Ya no es simplemente un connacional sino más bien un miembro de nuestra familia, un hermano, y la simpatía se despierta en nosotros. Es que ese compatriota es un pedazo integrante de la Patria, y algo que nos habla de ella y nos la recuerda á cada instante. En la inmensa soledad de afectos á que en países extraños nos vemos sometidos, nos recuerda él nuestros campos, nues-

tras montañas, nuestro sol, y nuestras costumbres, y en general todo aquello que concierne al país donde se nace y donde corren los años felices de la infancia y que aun en el hombre más despreocupado—salvo que sea un ingrato—queda por siempre grabado profundamente en los registros del recuerdo.

Si esto pasa con un compatriota cualquiera, podéis imaginaros mi alegría al hallarme con AMELIA DENIS, á quién, como he dicho, empecé muy temprano á admirar y por la que sentía sin conocerla gran simpatía. Cierto es que luego de tratarla no decayó en lo mínimo esa admiración ni amenguó tampoco esta simpatía. Venerable y cariñosa, tiene el privilegio de seducir á los que á ella se acercan.



AMELIA DENIS DE ICAZA, Poetisa Istmeña.

La ilustre poetisa es ya una anciana. El cuerpo ha perdido su esbeltez; los miembros están lasos, el pelo cano, las arrugas trazan hondos surcos en su rostro. Se conoce á primera vista que ha sufrido mucho. Pero en medio de su ancianidad conserva algo que vive aún en ella la vida de la juventud. Este algo son sus ojos por los que cruzan entre veces ráfagas luminosas y su voz vibrante que aún sabe repetir sus hermosos versos y los de sus poetas predilectos con un timbre tan armonioso, con tal calor y propiedad tal, que en verdad pudo llegar á conmoverme á mí que me precio de poco sentimental.

\*\*

Si yo os dijera que AMELIA DENIS pertenece á tal ó cual escuela poética determinada; que ajusta sus versos á las más severas reglas métricas y al más puro y correcto lenguaje académico, no os diría lo cierto. Ella no es ni clásica ni romántica ni impresionista ni cosa parecida. Y pretender ajustar su inspiración á mezquinas reglas y clasificaciones de escuela valdría tanto como someter á ellas las avechillas de nuestros espléndidos boscajes que al nacer el día entonan alegre salutación á la madre Naturaleza, y ya al caer la tarde cantan sentidas elegías al astro que muere para renacer de nuevo siempre espléndido y vivificante.

Ella misma me lo dijo muchas veces: La Poesía es en mí cosa ingénita: produzco mis versos con una facilidad increíble. Basta solamente conque algún suceso me toque al corazón y despierte mis sentimientos, para que ellos fluyan como el agua de una fuente. Eso sí, no me pidan versos pensados, versos en que todo lo haya puesto el cerebro y nada el corazón, porque no podría complacer. Yo soy poetisa por el sentimiento.

Y la amable anciana tenía mucha razón al hablarme así. Ella es toda corazón, ciertamente; un corazón de oro pronto á obrar el bien, á poner en ejercicio todas las virtudes filosóficas llamadas cristianas. Y su poesía tiene desde luego que ir recortada en este patrón. Es decir: su poesía es toda suya; es ella misma, pues pone en cada verso mucho de su ser.

AMELIA DENIS bien puede tener ya setenta años. Su vida ha sido un continuo combate contra el infortunio; pero ella ha sabido abroquelarse, y aunque dejando un pedazo de su alma en cada revuelta del camino, ha podido llegar á la ancianidad viendo caer á su alrededor, como árboles que arranca el huracán, á casi todos los compañeros de su juventud, los que con ella compartieron los primeros triunfos literarios, la aplaudieron y le dieron alientos.

Hoy la anciana es feliz. Vive rodeada de sus hijos y nietos, respetada en su vejez, al abrigo de las inclemencias de la suerte. Tiene buenos amigos, intelectuales de nota, como Argüello y Barreto, que la respetan y la quieren. Ellos se han propuesto editar sus versos, y muy pronto la casa Maucci, de Barcelona, los publicará en hermoso volumen.

Entre nosotros no ha sido apreciada como debía. No nos sorprende. Esta no es Atenas que da coronas de laurel, sino Jerusalem que azota y crucifica. Vientos malos han soplado sobre nuestra tierra, y Panamá que conserva aún la marca andaz de Balboa y Francisco Pizarro, ha dejado borrar la huella que á su paso imprimieron Alonso de Ercilla y Gonzalo Fernández de Oviedo.

AURELIO MAXIMO.

## DARIO Y ARGÜELLO

(Para EL HERALDO DEL ISTMO)

LOS dos nacieron para el arte. Los dos recibieron el ósculo sagrado que las Divinas Habitadoras del Helicón imprimen sobre la frente luminosa de sus escogidos.

Rubén llamó primero á las puertas del Olimpo.

Cuando batía sus alas de cóndor peregrino sobre las escarpadas cimas de los Andes, Argüello alegraba el nido materno con dulces gorgoros, precursores ya de los hermosos cantos del harpado ruiseñor.

Rubén ha volado, ha volado mucho; y la Fama, en su carro de impalpables nubes, le guiaba, y le anunciaba al mundo con pregonera voz.

Argüello monta en alado corcel, le requie-

re la espuela, traspasa los mares, y América y Europa, al reconocerle, le saludan y le aplauden. ¿Quién irá adelante?

No lo sé.

El autor de *Azul* cuenta ya con viejas é imperecederas glorias, y el de *Tierra Cálida* ha recogido en pocos días brillantísimas cosechas de aclamaciones sonoras.

Los dos llevan en sus manos una lira de oro, y mojan su pluma de águila en los multicolores rayos del Sol; pero Argüello repleta más su mochila de viajero, aviva más las antorchas que alumbran el camino de la inmortalidad.

En la copa de Rubén hay miel, mucha miel, pero también acíbar, mucho acíbar; en la de Argüello, licor del Paraíso y olorosas flores.

Rubén en su yate imperial desafia el poder de las trombas y las tempestades; pero á veces, dormido piloto, choca en el silencio de la noche contra abrupto peñón; Argüello no duerme, y al son de la música, lanza su dorada góndola sobre la superficie de los mares, apartando con diestra mano los arrecifes del camino.

¿Es Rubén más grande?

¿Lo es Argüello?

El primero ha tocado ya á esa edad en que los árboles parecen envolverse en el manto de los cielos, y el segundo tiende ahora sus verdes ramas á los primeros besos del sol de primavera: esperemos.

MARIANO BARRETO.

# Mi Pensamiento

Yo sé que hay muchos seres de gran inteligencia que orgullo son del siglo en que vivimos y honra y prez dan á la española lengua. Que el saber es la gloria, que la ignorancia es siempre noche eterna á cuya sombra el crimen se cobija con audacia proterva; que es el estudio fuente en donde el hombre apagando su sed se regenera; que quien vive ignorante peregrina en la tierra, como ciego infeliz desheredado que en vano pide pan de puerta en puerta; que no teme del mundo los abrojos el que lleva la luz en su cabeza luz de sapiencia, claridad sublime, única en su grandeza!

Qué bello mundo en el que habita el sabio!  
 Qué hermosa primavera!  
 Qué flores tan fragantes!  
 Qué virgenes tan bellas!  
 Qué cielo azul tan puro!  
 Cuántas aves parleras!  
 Qué alfombras de esmeraldas tan suaves y tan tersas!  
 Qué ríos bajo techo de verdura donde juega el Amor en la ribera!  
 Donde en los blancos pétalos del lirio la brisa juguetea;  
 donde todo es hermoso, donde se ama sin que jamás el desengaño hiera; donde vemos lo bello, lo grandioso, á través de una mágica linterna!  
 Qué mundo aquel, qué mundo!  
 Felices los que llegan á su puerta, los que pueden pasearse en sus jardines donde el alma se alegra!

A mi no me invitaron y envidiosa contemplo aquella fiesta!

Han pasado los años sin que nunca tal dicha conociera!  
 Mi cabeza está blanca, y al través de los tiempos siempre piensa en ese mundo ignoto, donde la gloria y el saber penetran. Felices los que pueden con su divina ciencia gozar en ese oasis de venturas eternas!  
 Yo en mi acerbo sufrir ¡ay! sólo tengo para cantar mi pena, una lira muy pobre..... no son de oro sus cuerdas, pero en la noche lúgubre, cuando el dolor me enerva, con sus sentidos sonos hace correr mi llanto y me consuela. Y con ella cantando mis dolores, en el sudario terrenal envuelta, voy cruzando cansada y temblorosa, agotadas mis fuerzas.

Quiere romper mi corazón su cárcel, reventar su cadena, y en vano le suplico pues siempre me contesta: "yo seguiré golpeando con incansable fuerza, mientras que á mí me oprima, nostálgica tristeza.

Canta en el bosque con sus trinos suaves, de rama en rama un ave lastimera, que perdió sus polluelos; y con triste cantar busca en la selva una pluma, una paja desprendida del nido que perdiera. ¡Yo también como el ave dolorida del nido que perdí busco la huella!

AMELIA DENIS DE ICAZA.

súbitamente llamado á la expiación de sus pecados por la voz de arrepentimiento, no le sería tan llano á Oracio restituir las cosas á su punto.

Leonardo abandona á Bárbara, que le implora inútilmente, desesperada y amorosa. Leonardo pone su honor y su fé de caballero cristiano por cima de todo. Cumplido su compromiso militar con el rey, trocará inmediatamente el uniforme por el hábito frailuno, y con los misioneros franciscanos, se ofrecerá á los infieles en holocausto de sus culpas. Pero su castigo no esperará á tanto. Oracio le acusa de ser el matador de Lotario, y la justicia de su delito será rápida. Y Oracio le acusa, porque esto entra en sus planes para servir á Demetrio Paleólogo, caballero griego, armador y comerciante opulento, brutalmente sensual y grosero como su hermano Lotario, el muerto, y hasta en lo físico parecido á Lotario, y que desea á todo trance poseer á su cuñada, darla mano de esposo y compartir con ella su poderío y riquezas.

Este Demetrio ha comprado con dádivas al intendente Oracio—y no le ha comprado muy caro, dos perlas y una estatua mutilada de una Venus Calipigia—y todo lo fia de su poder y de su astucia.

Oracio, especie de Scarpia por delegación, pone á Bárbara en el terrible dilema: ó la boda con Demetrio ó la muerte de su adorado Leonardo, que está ya condenado por el tribunal de Siracusa y va á ser conducido sin demora á la ciudadela para su ejecución.

Bárbara cede. Al partir con las misiones Leonardo le envía un ejemplar del Kempis, el libro de la «Imitación de Cristo», en el que la dice «que se resigne cristianamente á la expiación, que acoja la adversidad con dulzura.» Y estos suaves é inefables consejos la deciden á soportar la tremenda, la terrible expiación. La dura, la espantable adversidad, mirando eternamente desolada la imagen acusadora de Lotario en la figura física y moral de Demetrio.

La reintegración, «la vuelta al círculo», está consumada.

Lo alto y lo noble de la intención y el pensamiento sobresalen y se escapan en esta obra por fuera de los moldes de la farsa escénica, en que consecuente con su sistema, emplea el autor sus habituales y deliberados procedimientos, más conformes con la lentitud narrativa que con la condensación y la síntesis dramáticas. De eso resulta fatigosa la representación, y por eso y por el predominio de la referencia sobre la acción propiamente dicha, externa ó interna, no alcanzan el interés y la emoción el grado apetecible.

Bárbara, de todos modos y con todos los reparos á que una estrecha disciplina crítica pudiera obligar, lleva impreso el sello genial del literato y del pensador igualmente ilustres.

Dos personajes, dos «papeles» descuellan sobre los demás en la tragicomedia: trágico uno, el de María Guerrero (Bárbara); cómico otro el de Palanca (Demetrio Paleólogo).

María tuvo la actitud, el gusto, la entonación de la tragedia; la pureza de líneas, el perfil, el ritmo de una animada estatua helénica.

Su mímica siniestra, sus sangrientas visiones, al relatar su crimen, nos la transfiguraban en una real aparición de «Lady Macbeth.»

Palanca no rebasó la línea de lo acentuadamente cómico del Paleólogo que, á otro artista falto de su mesura y su perspicacia, le hubiera llevado á lo grotesco. Dió el tipo justo.

Fernando Mendoza se avino con escrupulosa conciencia al frío y enigmático Oracio, filósofo en andanzas de tercería, y la señorita Cancio, Santiago, Mariano Mendoza y Mesejo completaron la interpretación de segundo término.

¿Qué decir del decorado, de los trajes, de los accesorios todos para hacerle el lugar, el tiempo y el ambiente adecuados al poema escénico?

En esto también se ha hecho patente «la filosofía del retorno.»

Por la propiedad, por la esplendidez, en conjunto y en detalle, de la ficción, es que nos hemos restituido á Siracusa en 1815-

JOSÉ DE LASERNA.

## TEATRAL

### BARBARA

ESPAÑOL, de Madrid

Tragicomedia en cuatro actos de don Benito Pérez Galdós, el aplaudido autor de *Electra* y *El Abuelo*.



EL teatro Español y su público, selecto y depurado, rindieron ayer una vez más los honores debidos á la grande y vigorosa figura literaria de nuestro preclaro é insigne Don Benito.

El respeto, la estima y la admiración que la obra total, inmensa y complicada de Galdós inspiran é imponen por su propia fuerza, avasalladora é incontrastable, se manifestaron nuevamente con ocasión del estreno de su última producción dramática.

Entusiastas ó descontentadizos, incondicionales ó exigentes, apasionados ó discrepantes; en este caso particular y concreto, todos los espíritus, todos los criterios, sin renunciar á su libertad ni á su independencia, aún los más señalados por su disconformidad ocasional, coincidieron en el sentimiento y se asociaron para la exaltación del esclarecido maestro de las letras contemporáneas.

Cariñosamente aclamado Galdós se adelantó al proscenio, con su continente grave, apacible y sereno, y todas las manos se juntaron en su aplauso, sincero y cordial.

*Barbara* es un drama de tesis, de ideas, como ahora se dice, simbólico; y según su calificación de tragicomedia denota, lo cómico y lo trágico van en él mezclados y se dan de la mano, al igual que en la vida.

De la ponderación, del equilibrio, de la medida de esos diversos elementos, de su perfecta ecuanimidad, ha de resultar la obra artística. Ni han de impedirse mutuamente, ni el uno ha de absorber al otro. Y no es fácil tarea hincar este perro ó templar esta gaita, á menos

de confundir la tragicomedia con el vulgar melodrama.

La tesis de *Barbara* es tesis filosófica con la filosofía de Juan Bautista Vico y su "Ciencia nueva", acaso algo abstrusa y entrevesada para desmenuada sumariamente en un drama y para aseguir á la perspicacia objetiva del público de teatro.

"La vuelta de las cosas á su sér y estado primitivos", "la reintegración del derecho" en cierto aspecto particular, se aplica en *Barbara* á una fábula cuya acción se supone en Siracusa, en 1815.

La condesa de Términi, Bárbara, mata á Lotario, su esposo, que la maltrata cruelmente. Los malos tratos del brutal Lotario han engendrado el odio en su corazón, que era bueno, y el odio ha armado su brazo para cometer el parricidio. Ella misma nos cuenta su crimen, evocándolo con espantos, alucinaciones y delirios, cuando huye á refugiarse en casa de Filémon, su antiguo preceptor, y entramos así en la tragicomedia con el interés de la referencia, siempre inferior dramáticamente al de la acción.

La reparación de este crimen, que queda en el misterio, la reintegración posible del derecho constituirán las torturas de Bárbara, nunca más feliz, y la finalidad de la tesis.

*Deus ex machina* de esta empresa será principalmente Oracio Maddaloni, intendente de Siracusa, individuo equívoco, por un lado filósofo y moralista rígido y al parecer sincero; por otro vil magistrado, codicioso y venal. Y digo principalmente, porque no le ayuda poco en la tal empresa Leonardo Acuña, capitán español al servicio del rey de Sicilia.

Si este Leonardo—que enamoró y cautivó á Bárbara, llegando á ser irreflexivo instigador de su crimen—si este Leonardo no se sintiera

# En Stambul



I  
 CUANDO desperté, eran ya las diez de la mañana. Había niebla en mi cabeza. Me incorporé sobre los cojines y pasé la vista sobre mi raro vestido exótico. Me hallaba trajeado abigarradamente, á la turca. Me froté los ojos, dejé pasar entre mi abierta boca un bostezo alicóncavo, moví mi cuerpo soporoso con desenrosques de boa, y, lentamente, fué la quilla cortando la neblina letárgica, y los rayos de luz dijeron de rumbos y latitudes. Luego hinchóse la vela mnemotécnica, en viaje retroactivo por los vagos orientes del recuerdo, y fueron pasando las lejanas indecisas riberas: mis vuelos de pájaro incansable; los escollos, famélicos de cascos, listos siempre á triturar mi nave con la sáxea mandíbula; mis ansias nunca extintas; mi sed de goces; la Dicha en fuga; la Quimera, perseguida por todos los puntos cardinales, siempre lejos, danzando fantásticamente, espejismo del inmenso desierto... todo, todo, hasta llegar á la fiesta próxima, al desenfreno de la víspera, en que el Placer ebrio y hartó regó su vaso de torpezas sobre el deslumbramiento de los tejidos asiáticos.

\*\*

Hacia varios meses que un *steamer* me había llevado á aquella misteriosa Stambul, y el oro que salió profusamente de mi bolsa pródiga franqueóme de un golpe muchos portales esculpados.

Había presenciado ya soberbias fiestas; pero el jolgorio de aquel día anterior estaba muy lejos de las zambras decentes de los bajas y de los *mushirs*; aquello fué un desborde encanallado, una baraunda báquica y priapesca que me hizo amanecer con acérrimos ardores de piel con vagos dolores de hipocóndrio. Aun me parece ver las cobrizas bandejas de donde se espiraba el odorante efluvio de las pastillas del Serrallo, mezclado con el humo del *tombaki*; músicos árabes sonando su *tan-tan* ó entonando canciones fantásticas de Oriente; bujías que descuelgan su leve gasa rosa desde sus globos de tulipanes de ópalo sobre trajes recamados de perlas y sobre las colgaduras de Smirna. Aun siento en mi boca el sabor del blanco vino de Ismidt, el único que dejan á labios mahometanos los suras del Profeta; y recuerdo, como en la brumosa lejanía de un sueño, la salida del salón, la entrada al tugurio, el festival asqueroso, llegado al paroxismo... De mi vuelta, nada. Sin duda me trajeron en brazos los buenos hijos de Allah, y me dejaron allí sobre el diván, fardo de huesos, carne ahita, vestido con mis prendas constantinopolitanas.

\*\*

El calor me sofocaba. Tiré el turbante, las polainas doradas, la chupa de flotantes mangas. Me tendí desnudo en los cojines, y pensé... ¿Habrá algo nuevo, algo virgen, algo que desflorar con la materia ó con el alma, algo que haga temblar las vibraciones entre los viejos flancos de mi interna lira?.....

¡Más!..... ¡más!..... ¡Oh! ¡el Hastio!.....

\*\*

No quise salir. Quedéme en casa, precioso palacete del barrio del Taxim, de espaldas en mi lecho, escuchando el ruidoso movimiento de la calle. ¿Ya no me quedará nada que ver? ¿Habré escapado con vida de tantos trances de angustia, me salvará de la reciente borrasca del mar de Mármara sólo para cruzar me de bra-

zos ante lo conocido, frente al ídolo anciano que ya nada promete, viendo la Esfinge muerta en cuyos labios de piedra se cristaliza el infantil problema?.....

Me paseo por el cuarto, en andar instintivo, y me detengo un momento junto al *tandour*, esa estufa apagada, semejante á mi espíritu, porque guarda en el fondo la ceniza fría.

Me acuesto, á la hora en que el sol se va dejando colgado en el Levante su escarlata manto pérsico, sobre tapices apilados á la usanza de Oriente. Eso tiene para mí algún encanto, porque así no se acostaba mi padre. Me duermo creyendo en los fantasmas y en los genios de las leyendas tártaras.

Un canto me despierta, con el alba: es la antigua canción sagrada con que el almohecín

ro que la Verdad esconda sus toscas ubres taxas, y salga la adorada Mentira, para que haga brillar sus lentejuelas que dan á mis ojos fulgores de diamante, y venga la amable Calentura á vaciar en mi vaso su preciso licor de cáñamo indio! ¡Yo quiero que me engañen!...

El muchacho se aleja de mi lado, algo medroso.

—El señor no está bueno.

\*\*

Salimos.

—¿Es muy lejos?

—En el barrio de Gálata, señor.

Andamos. Yo no hago más que buscar las pilas de volta de los llameantes ojos otomanos

## Carlos G. Amézaga

Damos hoy el retrato de este distinguido poeta de Lima, quien como recordarán nuestros lectores ganó un accesit en los juegos florales de Buenos Aires por su composición poética *Más allá de los Cielos*.

AMÉZAGA pertenece á la nueva generación literaria y sabe imprimir á sus versos ese sello personal distintivo hoy día de los poetas y prosadores de mérito verdadero.

Cariñoso amigo de EL HERALDO DEL ISTMO—en donde se le aprecia en todo su valor y se le estima en alto grado—nos envía para su publicación los bellos versos que en otro lugar publicamos.

Vea el compañero ilustre en estas cortas líneas la sincera manifestación de todo nuestro aprecio.



saluda el nuevo día en lo alto de los minaretes: Allah illah Allah, ve Mohammed reçoül Allah!

\*\*

Beshir, un negrillo que se halla á mi servicio, me trae una humeante ración de café de la Arabia. Va á retirarse, y le detengo.

—Oye, vas á conducirme al instante á la casa del *hodja* (1) más famoso que conozcas.

—¿El señor le tiene miedo á Cheitón?... (2) Yo sorbía mi café, abrazándome la boca, precipitadamente.

Hablo conmigo, entre dientes:

—Que me dé algún brebaje maldito. Dicen que hay simples en Oriente, que abren las puertas de los paraísos y enseñan mundos nuevos á los que nada encuentran en el suyo. ¡Qué venga el artificio! Con la fiebre se goza, porque pasa el corcel cargado de mentiras, y esas mentiras son divinas realidades para el que oye extasiado el repicar de cascos del Delirio. Qui-

(1) Brujo.

(2) El Diabolo.

tras de las rejas de los *shakisirs* y á través de las misteriosas celosías de los *haremlikas*. Es lo único que me queda: la quimera del goce en el regazo. Siempre que veo de lejos la esperanza es asomándose en el pórtico rojo de dos labios carnosos; siempre que la dicha me canta sus promesas—es sentada—paloma lista al vuelo—sobre el torneado alabastro de algún hombre desnudo. Mas la luz intermitente vacila con el más leve soplo de mi fantasma negro, y el oro de la débil opulencia solar se anega de tiniebla en angustiosa agonía de crepúsculo: la Esperanza oculta su anhelosa cabeza y cierra con pavor sus puertas, y el pájaro emprende el vuelo y va á perderse entre los hondos enigmas de lo azul. Y, ya en tinieblas, mi visión abre sobre mí sus alas membranosas, más oscuras que la noche profunda, mancha fatídica, condensación de abismos, rotulada la frente con esta enseña lívida: ¡EL HASTIO!

Sigo caviloso, sin notar casi á las gentes con quienes topo: el arrogante *liva*, clarineando color en su uniforme; los derviches, que salen de alguna mezquita funeraria y en cuyos labios

aun tiembla la oración de difuntos; las viejas judías, con sus jubones lentejueando al sol y sus gorritas verde-manzana; el regimiento que pasa, las fanfarrias, el bey, los alabarderos con trajes recamados de oro y tocados con luengas plumas glaucas. . . . Cuanto se agita y bulle y espejea en los trajines de las calles musulmicas vale muy poco para mí. Nada veo. Sólo tengo ojos para mi escenario interior, en donde se ha prendido un nuevo lampadario, una nueva esperanza, otra dicha en promesa, que no es la de la dama de la puerta roja ni de la arisca paloma del torneado alabastro: una luz de hechicero, luz de santuario tenebroso, destello tumulario, promesa de ultratumba: ¡el brebaje del *hodja!*

\* \*

Llegamos.

Oyó atentamente el relato de mi mal, con gravedad de físico, con la indiferencia de quien ha visto mucho raro en su clínica.

—Hágase usted la cuenta de que se halla en un templo de su religión, á los pies de un sacerdote. Confiésese usted conmigo. Si después de oír á usted, le juzgo bien listo para recibir la impresión de algo que por el momento me reservo; si es usted bueno para el caso y su organismo se halla preparado, iniciaré á usted en misterios de apariencia vesánica, misterios impenetrables para los seres bien equilibrados, para los aneuos felices y para los cerebros que gozan de la pasividad dichosa de lo sano, pero que para usted—si, como creo, me resulta bueno, esto es, enfermo,—constituirán la fuente más eficaz de gratas impresiones, gratas por bellas y por nuevas.

\* \*

Dije:

—¡Señor! El viajero ha llegado á la ciudad; ha recorrido todas sus barriadas, ha frecuentado todos sus paseos, ha caído en todas sus charcas y ha saboreado todos sus encantos. Ya nada le resta, y aun tiene que vivir en ella mucho tiempo. ¿Qué mayor tortura? ¡Todo lo

co y carámbanos árticos, rostros rubicundos, caras morenas, cutis ebanáceos, ojos oblicuos, pieles rojas. . . . ¡Todo. . . . todo, señor! Me he adherido á todas las mesnadas; he tenido comercio con todos los rebaños del mundo: con los hijos de Sem y con los de Jafet y con los de Cam el Maldito. Y nada. Tras la nueva visión, el fantasma que viene y sopla y la luz que se apaga y la sola compañía de la sombra con su letrero lívido: ¡EL HASTIO!

—¿Habéis afrontado peligros? ¿Habéis conocido monstruos espantables? Hay goces en el riesgo. . . . ¿entendéis? . . .

Del país de los drusos descendí á las llanuras beduinas donde hay hombres feroces cuya piel es un ébano historiado por absurdos tatuajes. Desafié las iras del sacerdocio profanando vuestra Mezquita de Eyoub, aquí donde hay esclavos misérrimos cuyas plantas sangran á los chasquidos del *courbash*; me batí con un orangkubub en los bosques de Borneo, y hasta creo haberme sentido aprisionar por el monstruo hermafrodita que encierran las Floridas en sus breñales laberínticos.

—¡La mujer! . . . Adormeceos en el desenfreno. Que el bochorno de la caricia cálida dé sopor voluptuoso á vuestros miembros, ó que el céfiro puro de una pasión platónica traiga frescuras nuevas á vuestra alma. Iniciaos en todos los secretos de la Astarté fenicia; penetrad en los caldeos templos de la Venus Milita, llevando en las manos los símbolos del Falo y del Cteis; desenfrenaos en las fiestas índicas de Holi, ó buscad una Electra que os descubra sus sueños virginales á través de su cendal blanco y purísimo como la intacta evanescencia del ampo.

—He sufrido todas las iniciaciones. He descendido por todas las escalas. La mujer de Loth me ha visto haciendo gala de todo lo inaudito y sobre mis embriagueces nefandas ha caído mil veces el Mar Muerto. Los lapones me han cedido sus tálamos nupciales; he mordido sabrosas manzanas lascivas del país de los Faraoes en medio de los recuerdos magníficos de Carnac y entre el tumulto de las fiestas de Isis; me he bañado en el Termodonte con las hijas

de aquellas soberbias amazonas del Cáucaso; he gozado las dulces mistagogias de la Anaitis armenia y del templo sirio de Hierápolis. . . . ¡He bebido mucho! ¡Me he embriagado con todo! . . . ¡Ya nada tengo que beber! . . . He amado y he poseído. He saciado el espíritu y mi vientre ha sufrido las repulsiones del abito. Aquí, en vuestra vieja Stambul, pasé mi amor, un amor casto por las umbrosas riberas del Bósforo, á la hora en que había sobre el agua rieleas de luna y sombras de *yatis*, sombras temblorosas en la línea corriente, y aquí también crucé vuestra ensenada, bajo el faro de Diana, en caique aligero, recostado sobre tapiz de seda, entre cojines y mantas opulentas, en la bullente combustión de mi sangre, envuelta mi cabeza con

una cabellera de sultana, y sorbiendo en labios—copa roja de oriental cornalino—todo el incendio de los vinos de Chipre. . . . He sido en esto muy avaro, señor. Mis arcas han tenido hambre y sed de esos tesoros. He oído el *severiu* (1) saliendo á deleitarme de toda garganta de mujer. Me han arrullado con la frase felpuda y cálida de sus caricias las perezosas odaliscas de los grandes haremes, á través de la rica muselina de los *yashmacks*, lo mismo que las hijas del pueblo bajo el pobre *seredjé* de sucia lana; la esclava de las montañas de Circasia y la cristiana armenia, que pone sutiles redes de oro sobre la red de su cabello de endrina. He levantado el *habbara* azul de las bohemias; he sentido todas las epilepsias del afrodisiasma, bajo el humilde techo de los gourbis y bajo el roble esculpido de vuestros magnates, entre biombos de Yedo y entre las agrefias cortinas de las Rarahús de Polinesia. He conocido, señor, todas

(1) Te amo.

las carnes. Os repito que nada tengo ya que ver, y nada nuevo encontraría ni en el culto de los Cabires ni entre las orgías de Samotracia.

El viejo me miró fijamente.

—Bien,—me dijo,—estáis preparado. Vais á emprender un gran viaje ideal que os proporcionará supremos goces.

\* \*

De un estuche, un frasquito, imposible de pequeñez, como el dedo menique de algún Puck nigromántico. Una gota en mis labios y una ducal refulgencia en mi cerebro. Vesubianas incandescencias en mi sér. Transfiguración. El suelo que se escapa; y, por mis ojos atónitos, el desfile de una radiosa fuga de soles chispeadores.

Mi corteza se helaba. Me ví salir de mi propio cuerpo yerto, y, otro yo, etéreo, impalpable, provisto de suaves alas angélicas, remonté el vuelo y seguí á una visión, no fatídica y negra, mas luminosa, sonriente y adorable.

Llegamos la visión y yo, á la cumbre de un monte, en donde tiene el Vértigo su nido. Entonces ví á mi guía en toda su verdad. Las formas de un efebo pero sin materia real, impalpable y etéreo como yo. En sus ojos había ortos de genio. Sus labios—tan frescos, que todos los juzgaran recién apartados del materno seno—eran hechos para la gran Sabiduría. Cada una de sus sonrisas era una luz de Ciencia. En sus labios estaba la clave de los obscuros enigmas.

—¡Vamos!

Tal dijo. Y partimos.

SANTIAGO ARGUELLO.

## Lustral

Ojos más bellos no sé que hablen de la Gloria aquí. Ojos que miren así, ¿dónde, dónde encontraré?

Ah! si de ellos el cristal la ternura humedeciera, ateo yo, recibiera su agua pura, bautismal.

No á mi almá la salvación le niegues, pues, que te implora. . . . Ven conmigo, amante llora lágrimas del corazón.

Ya estoy ante tí, de hinojos; bautiza al que á tal te invita, que es también *agua bendita*, el agua que dan tus ojos.

CARLOS G. AMEZAGA.

Lima.

## Alea jacta est!

(Para EL HERALDO DEL ISTMO).

En mi salvaje orgullo, no comprendo cómo pueda hombre alguno esclavizarme, pues del tirano yugo por librarme, hasta el crimen iría, el más horrendo. . . .

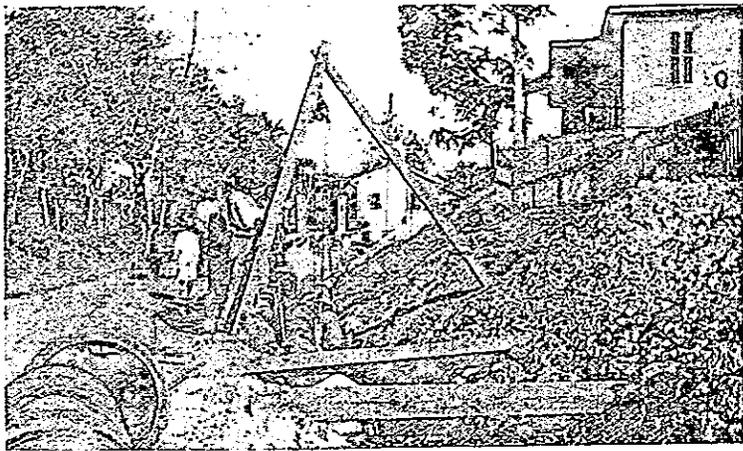
Pobre, aunque no de espíritu, me vendo solo á quien con amor sepa comprarme, y si la suerte vil quiere humillarme, yo burlaré sus cálculos, muriendo.

¡Muriendo á voluntad! contra esa suerte que suele condenar á los más bravos, al capricho del torpe y del más fuerte.

Antes de ornar con puercos y con pavos de un tirano el festín, venga la muerte, suprema redención de los esclavos!

CARLOS G. AMEZAGA.

Lima.



PANAMA.—TRABAJOS DEL ACUEDUCTO

no visto, señor! En esa gran ciudad de cantones dispersos que llamáis Mundo, todo está ya gastado para mí. Turista fatigado me angustia la monotonía. Como á los melancólicos hijos de Albión, el *spleen* me devora.

—¿Habéis agotado todos vuestros puntos de viaje?

—He estelado todos los mares y recorrido todos los caminos. Lo he visto todo: castillos que bostezan, como yo, de tedio, á orillas del Rhin, y palacios de mármol que reflejan la nostalgia de sus fastuosidades en los canales de Venecia; el gorro de enfermo de los volcanes escandinavos y el humo que sale de la ancha pipa del Vesubio, ese criollo ciclópeo que acuesta sus perezas en azules cojines y mira su adorada Nápoles favorita del ardiente Sur, cañida su cintura con el chal de sus colinas color de primavera. He oído la linfa leda de las Castalias y el desplome tonante de los Niágaras. . . . ¡Todo. . . . todo. . . . ! Vahos ardorosos del trópi-

# A la Señora Francisca Rodríguez

En la temprana muerte de su hija Sofia

¡ Lo recuerdo muy bien ! Era la hora  
En que al hundirse el sol en el ocaso  
Envolvía la noche paso á paso  
Al mundo con su lúgubre crespón;  
Mientras de la alta torre la campana  
Vibrando melancólica y doliente  
Semejaba un gemido y al creyente  
Convivía á la calma y la oración.

Tendida sobre el lecho, como el ave  
Que extiende el ala para alzar su vuelo  
En su inquietud y en su incansante anhelo  
Sofía revelaba el pronto fin;  
Y allí, á su lado, destrozada el alma,  
Y conteniendo un manantial de llanto,  
Solícita aspirabas entre tanto  
El aroma postrer de aquel jazmín.

¿ Y quién podría describir tu pena ?  
Si es de ternura la mujer arcano,  
El corazón de madre es oceáno,  
Un insondable piélago de amor;  
Triste de aquél que abandonado y solo  
Al cruzar los desierto de la vida,  
No percibe en el alma dolorida  
De una madre el rocío bienhechor!

Hasta el Hijo de Dios, quiso á las aras  
Donde espiró por nuestro amor un día,  
Llevar la pura y virginal María  
Único alivio á su dolor cruel;  
Cuadro hermoso que inunda á los creyentes  
De amor y de esperanza y de consuelo,  
Y que nos muestra en lontananza el cielo  
Cuando todo en la vida es llanto y hiel.

La fé, sólo la fé pudo esa noche  
Calmar tu pena y enjugar tu llanto:  
La grey cristiana festejaba en tanto  
Del Cármen la sagrada advocación,  
Y ya llegando ante tus mismas puertas  
De la madre de Dios la imagen pura,  
Rompió el alma su frágil envoltura  
Y huyó Sofía á la inmortal región.

¡ Coincidencia singular ! por ello  
Talvez la muerte se mostró piadosa,  
Quedando como el cáliz de una rosa  
El beso del rocío al recibir;  
Tan bella como el rayo de la luna  
Que argenta el agua de apacible lago,  
Como el rumor incomprensible y vago  
Del aura en la floresta al discurrir.

¡ Ah...! tu pedías á la Virgen Santa  
Que la salvara con afán prolijo,  
Por ser pedazo de la entraña un hijo,  
Y ella benigna tu plegaria oyó;  
Y antes que el fango mundanal pudiera  
Salpicar de ese lirio la blancura  
Por órden suya á la celeste altura  
El angel de la guarda la llevó.

Y así fué; yo lo ví. Cuando esa noche  
Pensando en tu dolor quedé dormido,  
De blanquísima túnica vestido  
Un querub celestial soñaba ver,  
Que sonriente y desplegando al viento  
Su espléndida y dorada cabellera,  
Atravesando la celeste esfera  
Sobre el féretro vino á descender.

Y arrullando á Sofía entre sus brazos,  
Y despidiendo sin igual fragancia,  
Con raudó vuelo abandonó la estancia  
Y perdióse en la azul inmensidad;  
Envuelta en sombra la ciudad dormía,  
Y las estrellas que el cenit bordaban,  
Con sus fulgores al conjunto daban  
Infinita grandeza y magestad.

Envidiémosla ! sí ! nó la lloremos  
Ya que goza de Dios tres veces santo;  
La vida es sólo manantial de llanto,  
La dicha y el placer sombra fugaz;  
Y antes que ver en desconcierto inmenso  
Al justo y la virtud que tristes gimen  
Mientras que triunfa y se entroniza el crimen:  
¡ Feliz mil veces quién descansa en paz!

MELITÓN MARTIN, Pbro.

Chitré, Marzo de 1905.

Nos empieza á visitar *La Ilustración*, revista semanal de Santiago de Chile. Tenemos á la vista el número correspondiente á la 5.<sup>a</sup> semana de Abril, y en su primera página hallamos el retrato de S. E. el Presidente de la República, Doctor Amador Guerrero, al cual dedica el colega frases de encomio y alto aprecio.

Agradecemos al semanario santiaguino la visita que gustosos retornamos.

## Suplicamos

á aquellos de nuestros Agentes que aún no nos han remitido el valor de las suscripciones colocadas en el trimestre que venció el 30 de Marzo, se sirvan efectuar sus remesas antes del quince del próximo mes de Junio.

## RECREACIONES INTELLECTUALES

52<sup>a</sup> CHARADAS:

1<sup>a</sup> Como tengo perdida ya la cabeza.  
Ayer salí de prima tres muy á prisa.  
Y sin ponerme todo por gran pereza  
Con mi una tres una verde cereza  
Fuime para dos tercía causando risa.

A. M.

2<sup>a</sup> El Doctor Manuel A. Mora  
Tiene muchos tercía prima  
Donde podeis encontrar  
Una fuente valiosísima;  
Y si vais á un alambique  
El prima tercía hallaríaís  
Y mi todo en tierras húmedas  
Donde nace, canta gira.

O. V. A.

53<sup>a</sup> LOGOGRIFO NUMÉRICO:

1234567.	Monje.
214523.	Verbo.
27342.	Arteria
3542.	Camino
715.	Ave
42.	Interjección
7.	Conjunción.

54<sup>a</sup> LOGOGRIFO NUMÉRICO:

123456789.	Nombre propio (de varón)
49385672.	Nombre propio (de mujer)
2153749.	Nombre propio (de varón)
423158.	Nombre propio (de mujer)
32198.	Nombre propio (de varón)
7312.	Nombre propio (de mujer)
352.	Nombre propio (de mujer)
62.	Nota
9.	Letra

A. V. E.

Las primeras soluciones que recibamos de estas *Recreaciones*, serán premiadas con las siguientes obras:

55<sup>a</sup> *La Sonata á Kreutzer*, de Tolstoy  
53<sup>a</sup> *El Matrimonio*, de Tolstoy  
54<sup>a</sup> *Memorias*, de Tolstoy

Las soluciones deben remitirse á la Tipografía Chevalier, Andreve & C<sup>o</sup>. un día después de la salida del periódico, en cubierta cerrada dirigida al Director de la Revista.

SOLO ADMITIREMOS LAS SOLUCIONES QUE NOS ENVIEN, FIRMADAS, NUESTROS SUSCRITORES.

Las soluciones que sean echadas por debajo de la puerta, estando cerrada la Tipografía, no tomarán en consideración.

Soluciones del Número anterior:

49<sup>a</sup> A QUIÉN YO SÉ:

Me engañaste... y no has sido tu el primero  
dijeron mis amigos;  
un tiempo de tus pérfidos engaños  
víctimas y testigos.  
No sé quién fué el primero, pero el último  
sé que será un gusano;  
buscará un corazón en tu cadaver  
Y ha de buscarlo en vano.

José M. Bartrina (Español.)

50<sup>a</sup> Lamedor.

51<sup>a</sup> En *Galatea*. Versos de Licio.  
Obtuvieron premio: por la 49a Ramón Noriega; por la 50a Gerardo Abrahams C.  
Envió solución además de la 50a Andrés Villareal E.

## NOTAS

"SOBRE ARPAS CUBANAS" es el título de un artículo de apreciación crítica de un libro, publicado en nuestro número anterior, y que á causa de un error salió en gran parte de la edición firmado *Romeo* en vez de *Aurelio Máximo* que es la firma que le corresponde.

El Juez Magoon, nombrado hace algun tiempo por el Presidente Roosevelt para reemplazar al General Davis en el puesto de Gobernador de la Zona, llegó á esta capital el día 24. Se cuenta de él que es un hombre ilustrado, amigo de la justicia y afable en su trato, cualidades que han hecho de él una gran personalidad.

Nos complace presentarle atento saludo de bienvenida.

REVOLVIENDO papeles viejos encontramos en un periódico local de fecha atrasada el bello artículo "Guillermo y Krüger" que ahora publicamos, apartándonos por esta vez de nuestra regla de no reproducir cosa alguna de la prensa local.

El autor del artículo, don José Llorent, es escritor gallardo: su estilo sentencioso y lleno de periodos luminosos es ingenioso y poco en uso hoy, pero siempre es bello y lo bello no pasa nunca de moda. Llorent vive ahora entregado por completo al *struggle for life*, y deja abandonada la pluma que se querella de su ingratitude. Ojala que nuestro reclamo lo aparte siquiera sea un momento de los cuidados materiales y nos proporcione su buena colaboración en la obra literaria que llevamos emprendida.

EN nuestro próximo número publicaremos un bello cuento del Doctor Ponce Aguilera: *La Apuesta*; un artículo: *El campamento de Génova*, de un libro inédito de nuestro buen amigo Antonio Burgos, y un juicio crítico de Simón Rivas sobre un libro de Santiago Argüello, piezas literarias á las que por haber recibido á última hora no hemos podido dar cabida en este número.

EL Sábado en la noche dieron S. E. el Presidente de la República Doctor Amador Guerrero y su señora esposa una recepción en honor del señor Charles E. Magoon nuevo Gobernador de la Zona del Canal.

Aunque honrados con una invitación no nos fué posible asistir, pero sí nos complace hacer constar, ya que de ello tenemos conocimiento, que esa fiesta social resultó espléndida y digna por todo concepto de los obsequiantes y del obsequiado.

DIÓMEDES RIVAS—joven panameño—exhibe ahora en la cantina del Hotel Central una obra de arte de la cual es autor: un escudo de la República modelado en yeso.

A pesar de no haber hecho estudios escultóricos Rivas nos demuestra en esta labor un gusto delicado y un don especial y raro de observador que obligan á vaticinarle un porvenir halagüeño si—como es de esperar—sigue cultivando con asiduidad y cuidado el oficio de Scopas.

Vayan para el autor del escudo nuestro aplauso y nuestra voz de aliento que ojalá repercuta en los oídos del señor Secretario de Instrucción Pública.

Los elementos sanos no hay que dejarlos perecer en el ambiente de pereza y mercantilismo que nos rodea. El apoyo prestado á los buenos y los sanos de alma redonda en pró del que lo presta y es beneficio para la Patria cuyo engrandecimiento solo depende de sus hijos.

EN la velada celebrada el 8 del mes que finaliza, en el Teatro "Odeón" de Buenos Aires, en conmemoración del centenario del "Quijote," nuestro amigo José Santos Chocano recitó una valiente composición poética suya, *Ofrenda á España*, que le mereció una estruendosa ovación según avisa el cable á la prensa de Lima.

Nos congratulamos con el gran poeta continental por el triunfo alcanzado y esperamos que esa ovación sea repetida en España, adonde va con el carácter de Secretario de la Legación Especial del Perú.

# Blanca de Varelles

NOVELA DE PASIÓN

DE JEAN DE LA HIRE

Traducción de EVERARDO VELARDE

## CAPITULO SEGUNDO.

### II

Omnia vincit Amor.  
VIRGILIO.

(Continuación).

la abierta y esplendente flor que lleváis sobre vuestros cabellos. Por qué habeis puesto vuestros labios en vuestros cabellos y la flor roja en vuestros labios?... El sol resplandece y brilla en vuestros ojos; ellos alumbran tanto como él. Cómo es que vuestros ojos son un rayo de sol?... Sois bella; por qué sois bella?... Respondedme.

Su sonrisa irónica había ya desaparecido y hablaba gravemente.

Sus ojos, obstinadamente fijos en los de Blanca, fatigaron á la niña. Con la frente inclinada, y mientras un púdico rubor coloreaba sus mejillas, dijo:

---Jacobó! callaos! y no me mireis así. .... Me he puesto bella para vos, porque os amo....

---Ah! sí, me amáis; me lo habeis dicho el otro día. No es cierto que me lo habeis dicho?....

---Sí, Jacobo, y vos también.....

---Sí, yo también!

Entonces Blanca sintió sobre las espaldas la pesadez de las manos del joven y esa sensación de contacto, de tocamiento, produjo un gran malestar y se escapó.

---Vámonos, Jacobo, es tarde.

---Esperad, dejadme que os de un beso.

---Partamos!

---Esperad!.... Blanca, ven.....

La coquetería triunfó del pudor y la niña tendió riéndose la mejilla; Jacobo inclinó la cabeza, buscó los labios de Blanca y estrechándola la besó. Ella temblaba; él la apretó más fuertemente, abrió la boca y le mordió los labios.... Blanca, lanzando un grito, pálida como un fantasma, se soltó: había sentido pasar por sus venas una co-

mo ráfaga de llamas y, como Jacobo quisiese cogerla de nuevo, lo rechazó diciéndole con miedo:

---No, no! tú me quemas!

Los ojos del joven nubláronse de tristeza.

Blanca, le dijo, os he hecho mal?

---No, pero partamos!.....

---Pues bien, como queráis; partamos!.. En cinco minutos, Jacobo estaba listo con su saco y peinándose que hubieron y con los bastones de nuevo, los dos jóvenes marcháronse en silencio hacia Consolación. Jacobo con la cabeza baja, muy triste; Blanca, siempre pálida, escuchando sin cesar retumbar en sus oídos las terribles palabras de Salambó.

### IV.

Cuando llegaron, muy tarde, el señor de Bisson Chantal estaba acostado. La comida fué sin gusto; tanto Blanca como Jacobo callaban y comían poco.

---Debeis estar admirablemente fatigada, señorita, dijo Luisa, para ni siquiera tocar esa perdiz, vos que os gusta tanto! Mi padre mismo la ha matado esta mañana y me la ha dado, creyendo que os proporcionaría placer.... También, es preciso no tener conciencia para ir á correr por las montañas como vosotros habeis hecho!

---Pero, mi querida, si nosotros hemos apenas caminado!

---Vos no coméis ni el señor Jacobo tampoco. Si no estuvieráis fatigados comeríais, y si no hubieráis caminado, no es cierto? no estaríais fatigados!

Blanca no respondió; una gran lasitud la oprimía, pero no era como consecuencia de la excursión, ella lo sabía. Que era entonces?... Cuando se llevaron los postres, intactos, Jacobo se levantó sin decir palabra y ganó su cuarto; Blanca lo siguió á fin de encender la lámpara.

---Buenas noches, Jacobo.

Blanca tenía la costumbre de abrazarlo todas las noches, en el momento de despedirse; pero, esta vez, un acceso de

inconcebible pudor hizo que quisiera retirarse sin la caricia de todos los días. El joven la miró con aire extraño, luego, bruscamente, le cogió la mano derecha y se puso á remangarle la manga con lentitud.

---Que haces tú?

Sin responder, continuó descubriéndole el brazo; la carne, de una blancura de nieve resplandecía. Blanca tuvo miedo.

---Pero qué quieres tú?

Jacobo no respondió y se puso á besarle el brazo á plena boca. Desatinada Blanca huyó cerrando la puerta tras ella. Jacobo permaneció, algunos minutos inmóvil ante aquella puerta. Después, con lentitud, comenzó á desnudarse. Antes de acostarse, cogió un libro de una de las tabillas de una pequeña biblioteca que ornaba uno de los rincones del cuarto y leyó ya en la cama algunas páginas de él. Enseguida, dejándolo caer sobre la alfombra, se abandonó á los quiméricos sueños que le sugerían la lectura y los sucesos del día. Bien pronto, sus hermosas facciones reflejaron un gran dolor interior. Aterrorizado por todos los sentimientos nuevos que sentía en sí, se dejó arrastrar por los impetuosos impulsos de su joven corazón, y ocultando la cabeza en la almohada, lloró por mucho tiempo.

Poco á poco, sus nervios agitáronlo menos, calmándose y durmiéndose con el rostro bañado aún de lágrimas.

Entretanto, Blanca, con una mantilla por la cabeza, entraba en la Capilla. Oscura y solitaria, solo un rayo de luna pasando por una ventana lateral, formaba sobre la losa una mancha blanca, ogiva, que hacía por su claridad fría, mas sensible la húmeda frescura del santuario. La niña, poseído su cuerpo por expeluznante calorío, encendió un cirio colocado delante de un Jesucristo, y piadosamente se arrodilló. Pidió á Dios, en desolada súplica, le explicara la causa de su angustia moral y de su abatimiento físico. Interiormente se preguntaba si alguna mala acción no pesaba en su conciencia, sin embargo de que no se encontraba culpable. La luz titilante y temblorosa del cirio, tornaba más descarnados los flancos del crucifijo, más angulosos sus codos y sus rodillas, más huecos

(Continuará).